

*misma especie, los caracteres que hemos observado una vez en uno ó varios objetos de la especie misma: esto es lo que se llama tendencia á generalizar; ley natural del espíritu, que encuentra su apoyo en la naturaleza misma; mas para no formarnos un juicio erróneo, es preciso ensanchar el campo de nuestras observaciones y no conformarnos con las que hayamos hecho por una sola vez.*

*La verdad.*—Cuando una profesora ha observado que las niñas fingen á menudo una enfermedad para separarse de la clase, pudiera creer que todas las niñas que se quejan de un dolor, están mintiendo. Pero si la maestra se ha propuesto estudiar la *expresión del dolor* en la fisonomía de las niñas, seguramente creerá que la engaña aquella que se lamenta de dolor de muela, mostrando un semblante apacible. Y sin embargo, yo he visto el semblante de una mujer, muy linda por cierto, cubrirse de lágrimas, al despedirse de su esposo, sin que un solo músculo de su fisonomía sufriera la más ligera contracción: en sus labios parecía vagar una sonrisa; pero de sus ojos azules se desprendían hilos de lágrimas. Es muy difícil encontrar la verdad absoluta; por eso debemos cuidar mucho de no sentar una aseveración sin antes haber comprobado nuestro aserto.

### CAPÍTULO III.

#### LA VOLUNTAD.

*La voluntad. Firmeza de carácter.*—Es la que dirige la inteligencia y el sentimiento hacia un punto determinado, á donde nosotros queremos.

Encontrar la verdad es el fin de todo sér humano, que merece llevar este nombre; pero no basta buscarla y haberla encontrado, sino que una vez en posesión de ella, es preciso decirla, propagarla y sostenerla, aun á costa de los mayores sacrificios. La inteligencia no valdría gran cosa, si no fuera acompañada de una voluntad bien desarrollada, que es lo que constituye la *firmeza de carácter*. Desgraciadamente, dice un autor, la mayor parte de los hombres son semejantes á los *peces muertos, que se dejan arrastrar por la corriente*. Se necesita desplegar una energía poderosa, para ir contra las preocupaciones ó las *acomodaciones* del vulgo. Y quizás se necesita de mayores esfuerzos para triunfar de nuestras propias pasiones, de nuestras debilidades, de nuestros instintos. La templanza, la prudencia, la constancia y la fortaleza, son las virtudes que constituyen un carácter firme. Saber dominar un impulso, saber callar á tiempo, no abandonar un trabajo por largo y difícil que sea, son actos propios de quien posee las tres primeras virtudes. En la fortaleza

quedan incluidas las tres clases de valor activo, pasivo y cívico.

*Valor activo.*—El valor activo es propio de la juventud, muy raro en los ancianos y en los niños, y completamente excepcional en la mujer; á pesar de eso, Hidalgo, anciano de 70 años, *combatió heroicamente por la patria y dió por ella su vida.* Los *niños héroes* del Colegio Militar cayeron envueltos en la bandera tricolor, y la mujer del soldado mexicano, si no empuña, como *Juana de Arco*, las armas contra el invasor, tampoco se arredra ante el combate, adonde se le ha visto seguir valerosa á los defensores de la patria.

*Valor pasivo.*—No es el valor activo propio de la mujer, ni tampoco es en ella tan necesario como el *pasivo*, del que Dios parece haber dotado su alma, para hacerla triunfar de los obstáculos que las leyes de la naturaleza y las leyes de los hombres han puesto en su camino. *Soportar con paciencia los males que nos traiga el cumplimiento de un deber, la realización de un propósito; mostrar serenidad de ánimo en los conflictos de la familia ó de la patria; saber triunfar de las preocupaciones de una sociedad,* son actos de más mérito que el de exponer la vida en el campo de batalla, más heroicos que el triunfo obtenido sobre un ejército. Entre las mujeres de carácter firme, descuella gloriosamente la hermosa figura de Sor Juana Inés de la Cruz.

Aquella que en una época de obscurantismo para México, iluminó á la patria con los fulgores de su genio, que ni la luz del siglo XIX ha podido eclipsar, merece el respeto y la admiración de la mujer mexicana. Se cuenta de aquella inspirada poetisa, que se cortaba una parte de su hermosa cabellera, imponiéndose como castigo no dejarla crecer, hasta tanto que ella hubiera aprendido tal ó cual materia de las muchas con que logró enriquecer su espíritu. "*Porque, decía, no vale la pena que esté adornada de largos cabellos la cabeza desnuda de ciencia.*"

*Valor cívico.*—El valor cívico consiste en arrostrar todos los peligros para llegar á un fin. Este es el más difícil de mostrar, y sin duda el más indispensable para el progreso de la humanidad. Nadie tanto como el *Maestro* debiera revestirse de valor cívico, porque si él es el primero en someterse á los errores de la sociedad, no podrá nunca cumplir su misión de guiar al progreso. En las Escuelas Normales debería cuidarse tanto del desarrollo de la voluntad, como de la inteligencia.

Un rasgo de valor cívico puede salvar á un hombre, á veces á un pueblo; pero también suele costar la vida.

Acaso habéis visto un cuadro representando á la gran reina Semíramis, cuya historia os ha cautivado tanto, con el tocado á medio hacer, en actitud de arengar á su ejército.

Ese cuadro recuerda, según dicen, un rasgo de valor cívico de aquella heroica reina: estando en su tocador fué avisada de que su ejército acababa de revelarse contra ella, y en vez de quedar acobardada, al oír tal noticia, salió con el cabello á medio peinar, y con su aire resuelto y con su palabra enérgica logró dominar la sublevación y avasallar á un ejército entero. Sin ir á buscar ejemplos en épocas tan lejanas, tenemos aún entre nuestras glorias vivas al decano de los poetas mexicanos, al insigne D. Guillermo Prieto, que si no tuviera ya bastante con sus producciones literarias, bastaría para honrar á la nación con el solo rasgo de valor cívico que voy rápidamente á bosquejar.

Era el año de 1858, y nuestro país atravesaba por una de esas crisis tan frecuentes en épocas pasadas. El ejército que sostenía al Sr. Juárez, durante su permanencia en Guadalajara, se sublevó contra él y sus ministros haciéndoles prisioneros. En el momento de la prisión, D. Guillermo Prieto, que era uno de los ministros del Sr. Juárez, estaba fuera del Palacio en que se custodiaba á los prisioneros, y al saber lo que pasaba, pidió él mismo ser conducido al lado de sus compañeros. Cuando se acababa de reunir á ellos, algunos oficiales seguidos de tropa, penetraron á la prisión en cuya puerta permanecía con ánimo sereno el ilustre Juárez. La orden de fue-

go! había sido dada para asesinar á los prisioneros, cuando el Sr. Prieto cubrió á Juárez con su cuerpo, y gritó á los soldados: ¡Levanten esas armas! los valientes no asesinan... y siguió arengando á la tropa, con tal elocuencia, que volvió los ánimos en favor de Juárez. De este modo salvó con su talento el literato mexicano, al que más tarde debía ser el libertador de la República, al que después de arrostrar el furor del fanatismo, dando las leyes de Reforma, luchó sin desmayar nunca, contra la traición y la injusticia.

Mas no siempre el éxito corona el heroísmo del valor cívico: Sócrates apurando la cicuta, Dante soportando el destierro, Palissi sufriendo la prisión, Savonarola arrostrando el tormento, y otros tantos, *dejando fecundada con su sangre la simiente de sus ideas*, despiertan en nosotros la admiración y el respeto más profundos.

*El Genio.*—La firmeza de carácter es el atributo propio de aquellos á quienes llamamos *genios*, y para convencerme de que su poder despierta en vuestras almas la admiración, cada una de vosotras, escribirá en una composición los pensamientos que le inspiren estos versos titulados *El Genio*:

## EL GENIO.

(A los Profesores del «Instituto Ocampo.»)

Como el aroma de la azucena,  
 Como la esencia que da el jazmín,  
 No la retiene, no la encadena  
 Ni el alto muro de su jardín,  
 Y entre las brisas huye ligera,  
 Y aunque invisible quede la flor,  
 Va proclamando por donde quiera  
 Todo el encanto de su valor;  
 Como el arroyo, como el torrente  
 Que se desata con el turbión  
 Y con la fuerza de su corriente  
 Todos los diques rompe veloz;  
 Como las olas que se desatan  
 Y desafían con su poder  
 Hasta las rocas que desbaratan,  
 Al abatirlas con su vaivén,  
 Cuando en la mente surge la idea  
 Y en nuestras almas la inspiración,  
 El imposible que nos rodea  
 Cede á la fuerza de nuestra voz.

Abrid una por una las hojas de la historia,  
 Y allí lo que es el genio pudiérais comprender,  
 Allí donde una aureola magnífica de gloria  
 Envuelve esos fantasmas sublimes del ayer.  
 Mirad allá en el tiempo de negro obscurantismo  
 Un bardo á quien el cielo negárale la luz;  
 Del tiempo y la distancia salvando el ancho abismo

Nos deja en su Odissea la voz de su laúd.  
 Cubierto con los tristes harapos del mendigo,  
 Llevando por herencia miseria y orfandad,  
 Sin encontrar siquiera la mano de un amigo,  
 Teniendo por apoyo su sola voluntad,  
 Mirad al eminente fotógrafo del alma  
 Legándole á la idea las formas y la luz,  
 Miradle del martirio ceñido con la palma  
 Vistiendo al pensamiento de eterna juventud.  
 De pie, con la mirada sondeando el firmamento,  
 La frente revelando nobleza y majestad,  
 Teniendo ante los ojos la hoguera del tormento,  
 Que al sabio, la ignorancia, depara sin piedad,  
 Destácase la sombra gigante de un anciano,  
 Y allí, ante los que juzgan blasfemia su saber,  
 Repite con firmeza su acento soberano:  
 ¡Yo siento aquí la tierra mover bajo mis pies!  
 Cual mísero mendigo qué en tono suplicante  
 Pidiendo una limosna de puerta en puerta va,  
 Así de trono en trono, un genio de gigante  
 Auxilio de los reyes acércase á implorar:  
 ¡Qué importa que el desprecio responda á su demanda?  
 ¡Qué importa que lo juzguen demente ó impostor  
 Si él oye un poderoso acento que le manda  
 Que firme en sus ideas prosiga con valor?  
 Si siente que le inspira la fe de los profetas,  
 La fe que en el Calvario sostuvo al Redentor,  
 ¡Qué importa que la envidia le arroje sus saetas  
 Si allí junto al Calvario divisa su Tabor?  
 En lucha siempre ruda y abierta con la suerte  
 Altivo siempre al genio veremos combatir,  
 Mas siempre en el combate haciéndose más fuerte

Más grande es la victoria difícil de adquirir;  
 ¿Qué importa que luchando con un valor profundo  
 Prosiga tantos años el noble Genovés,  
 Si al fin se alza triunfante y al descubrir un mundo  
 Semeja un Dios, teniendo la América á sus pies?  
 Luchando con la fuerza terrífica del viento,  
 Más fuerte que las olas que rugen sin cesar,  
 De Fulton se levanta magnífico el acento  
 Y deja encadenados los vientos y la mar.  
 Abyecta, desgraciada, sumida en los pesares,  
 Húndida en la ignorancia, sujeta á la opresión  
 La Patria de Cuahutemoc, de Ixcoatl y de Juárez,  
 Gimió bajo las garras del castellano león.  
 Y en medio de las sombras de aquel oscuro cielo,  
 Cual brilla en el Oriente la claridad del sol,  
 Cual astro refulgente de nuestro caro suelo,  
 Hidalgo con su genio la patria iluminó.  
 Mas luego en crudas guerras la patria independiente  
 Ha visto amenazada su hermosa libertad,  
 Y al genio mexicano se ha visto prepotente,  
 Alzándose en las alas del águila caudal.  
 En vano el despotismo y el negro retroceso  
 Quisieron en la patria sus leyes implantar;  
 Que el genio de la gloria y el genio del progreso  
 Protegen con sus alas el poético Anahuac.  
 Vosotros los que nobles guardáis en vuestro pecho  
 Horror por las tinieblas y culto por la luz,  
 Seguid de la ignorancia marchando á su despecho:  
 Las palmas os esperan al lado de la cruz.  
 Las almas escogidas que aceptan la batalla,  
 Jamás por los obstáculos se dejan abatir;  
 Allí donde la suerte levanta una muralla,

La rompen, ó en escala la saben convertir,  
 Vosotros entusiastas amigos del progreso,  
 Seguid en vuestra senda guiados por la fe;  
 Que acaso esté en el libro del porvenir impreso  
 Que seais de la Patria la gloria ó el sostén.  
 Como el campeón valiente se apresta á la pelea,  
 Valientes aprestáos vosotros á la lid,  
 Y el triunfo más brillante, el triunfo de la idea  
 Alcance vuestras frentes de lauros á ceñir;  
 Acaso algunas veces se tomen por delirio  
 Los nobles sentimientos del joven corazón,  
 Acaso la corona punzante del martirio  
 El mundo como á Cristo os dé por irrisión.  
 Mas nunca os acobarde la vista del suplicio,  
 Pensad en el ejemplo sublime de Jesús:  
 Si el mismo Jesucristo rehusara el sacrificio,  
 Faltara á su corona la aureola de la luz.  
 Si el mundo en su ignorancia se burla del talento,  
 Si todo lo que es grande se atreve á rechazar,  
 Si tiene para el genio un Gólgota sangriento,  
 Él cambia para el mártir el Gólgota en altar.  
 Vosotros sois los grandes profetas de la ciencia,  
 Difícil y grandiosa será vuestra misión,  
 Apóstoles del siglo que ofrecen su existencia  
 Y aceptan como Cristo la copa del dolor.  
 En nombre de este siglo gigante y soberano  
 Hinchida de entusiasmo os vengo á saludar;  
 Mi acento es el acento sincero del hermano  
 Que admira las victorias que ha visto conquistar.  
 Yo he visto vuestras luchas, con pecho conmovido;  
 He visto en el combate sangrar el corazón,  
 He visto vuestro espíritu caer desfallecido,

Y alzarse de la arena jadeante de dolor. . . . .  
 Y luego con la fuerza potente del atleta,  
 Tranquilos y serenos la lucha proseguir,  
 Y he visto cómo irradia la frente del poeta,  
 La aureola luminosa del mártir al celir,  
 Ceñidas vuestras frentes de aureolas luminosas  
 Que á un tiempo divinizan y elevan vuestro sér,  
 Que acaso vuestras almas sostienen animosas  
 El genio de la gloria, la antorcha de la fe.  
 En nombre de este siglo mi débil voz levanto,  
 Y henchida de entusiasmo, de noble gratitud,  
 En vuestro honor elevo un himno puro, santo,  
 Al genio que os inspira y envuelve con su luz.

*El sentimiento. El entusiasmo.*—El sentimiento nos hace experimentar las sensaciones agradables que llamamos *goces* ó placeres: la alegría, la felicidad; ó las sensaciones desagradables que llamamos *dolores morales*: descontento, tristeza, el malestar del alma, la desgracia. El talento y las brillantes cualidades de los demás no podrían servirnos de estímulo, ni despertar en nosotros la admiración, si no poseyéramos esa hermosa facultad que se llama el *Sentimiento*. Las bellas acciones de los demás nos inspiran simpatía y deseos entusiastas de imitarlas. Hay por desgracia caracteres fríos y egoístas que por nada se conmueven, y que hacen como congelarse las nobles demostraciones de un co-

razón entusiasta. Al observar la especie de muralla que el indiferentismo opone á los arranques del entusiasmo, lo he comparado al efecto que la electricidad produce en las gotas de lluvia transformando el benéfico meteoro en el de granizo destructor.

*Sentimientos innobles.*—Aunque os parezca increíble, no sólo hay muchos seres egoístas, sino que existen algunos que alimentan su corazón con el *odio* que sus semejantes les inspiran. De ellos he oído decir que á la vista de un hombre, á veces inofensivo, á veces noble y bueno, sienten deseos de estrangularlo, de desaparecerlo, que quisieran como Calígula dar á la humanidad una sola cabeza para cortarla de una sola vez.

*Todo hombre es útil. Sufrimiento humano.*  
 —Yo no creo que ninguna de vosotras llegue jamás á alimentar su corazón con un sentimiento innoble de odio ó de crueldad para sus semejantes; pero si por desgracia las decepciones laceran vuestro corazón, derramando en vuestra alma la amargura, pensad que no hay en el mundo un solo sér inútil, que de todos tenemos algo que agradecer y que aprender. Y pensad también que no hay un solo hombre que no tenga por que sufrir: todos son dignos de nuestra compasión. ¿Os habrá venido por ventura alguna vez el deseo de empujar á un ciego, de aplastar á un tullido, de reñir duramente á un huérfano, de arrebatár su pan á

un pordiosero? ¡Ay! si los grandes dolores del alma se hicieran visibles á los ojos de aquellos que quieren devorarnos, ¡cuántas veces esos ojos se llenarían de lágrimas, deteniéndose conmovidos ante sufrimientos tan amargos, y cubiertos á veces con la sonrisa de la resignación y aun del contento.

*La fraternidad universal.*—Iban reunidos en un vapor que atravesaba el Atlántico, pasajeros de todas las naciones del mundo: americanos con los pies subidos sobre un escaño leyendo su periódico sin cuidarse de nadie, franceses haciendo migas con los mexicanos para burlarse de todo el mundo, andaluces cantando alegremente sus boleros, chinos con la cabeza baja y el aire de humillación retraídos de todos, alemanes tomando apaciblemente su cerveza, y en fin, un crecido número de pasajeros queriendo al parecer mostrar cada uno superioridad sobre los otros, ó por lo menos retraimiento. Las cosas permanecieron así mientras el viaje fué bonancible; pero hubo un momento en que, como diría un poeta, la tempestad desató sus alas, y el ángel exterminador pareció cernirse sobre el frágil juguete de las olas, que tal parecía el barco azotado por el mar y por el viento. La horrible voz de ¡fuego! fué á unirse al sordo mugido del huracán y al pavoroso retumbar del trueno y de las olas, y en aquellos momentos de espantosa confusión, de indecible

pavor, las nacionalidades, las jerarquías, los sexos y las edades se confundieron, las manos se enlazaron como formando una cadena para sostenerse mutuamente y arrodillados todos como para hacer más patente la unisona plegaria en todos los idiomas repetían: ¡Piedad! ¡Misericordia! ¡Dios potente, amparanos! ¡Padre, piedad!

Había en aquel buque muchos niños inocentes y buenos como vosotras, y por eso sin duda, Dios calmó la tempestad, y cuando el capitán apareció entre los pasajeros, sudoroso, jadeante y con voz conmovida les gritó: ¡Soldados . . . ! todos los brazos se tendieron, y todas las manos se estrecharon humedecidas con lágrimas de júbilo.

La tierra, niñas mías, es un gran barco, vamos cruzando el ancho océano de la vida, nuestros peligros y nuestros goces son comunes: en vez de alejarnos uno de otro, acerquémonos, unamos nuestros esfuerzos para defendernos de la tempestad de las humanas desgracias, y nuestra plegaria podrá subir resonando hasta los cielos, si unidos todos los hombres por un sentimiento fraternal, con el alma arrodillada ante Dios, lo invocamos exclamando ¡Padre, piedad . . . !

*Moderación y sacrificio del sentimiento.*— Vosotras lo habéis dicho: *El sentimiento es el poder más grande de la tierra*, cultivadle; para ello, como el pintor se rodea de bellos

modelos, elegid vosotras para amigas aquellas que pueden servir de ejemplo; cultivad la amistad porque este es un sentimiento consolador y dulce; pero tened cuidado de no exagerar ni éste ni ninguno de vuestros sentimientos. Es preciso tener como un *regulador* para moderar en nosotros todos los cariños, y á veces es preciso sacrificar alguno en aras de otro, á veces nos vemos obligados á dominarlos todos por el raciocinio. Los hombres han sacrificado á menudo los afectos de la familia en aras de la patria.

Ninguna de vosotras ignora el sacrificio de Guzmán el Bueno. Sin tener esa especie de rudeza que hiere al corazón, como es la de arrojar el puñal con que había de sacrificarse al hijo, hay más grandeza en el hecho del inmortal Bravo, que acepta el sacrificio de su padre en aras de la independencia nacional. "Puesto que vosotros lo queréis, que muera el padre adorado," dice el héroe. Y después sofocando en su corazón los ardientes deseos de venganza, perdona la vida á 300 españoles, levantándose sobre sus enemigos y enaltecendo la causa de la patria.

*La razón sobre el sentimiento.*—La gigante figura del Benemérito de las Américas, se destaca más soberana á nuestros ojos, revestida por su majestuosa *firmeza de carácter*. El padre de la patria mexicana *sofoca en su alma el noble sentimiento que le aconseja el*

*perdón para el usurpador vencido, y decreta con entereza el sacrificio del hombre para asegurar la paz de la República.*

*Armonía de las facultades.*—El valor heroico, la firmeza de carácter que por lo común se hermana á la inteligencia, bien puede armonizar con el más tierno sentimiento. Cuahutemoc que lucha por la patria con valor, que sufre por ella el tormento, que desafía con arrogancia al Conquistador diciéndole, que le fuera *más grata la muerte que la esclavitud*, es el más hermoso ejemplo de una alma en que armonizan la inteligencia con el valor activo, el cívico y el pasivo, con el sentimiento. Las palabras con que el héroe azteca suplica *que no le hagan daño á su esposa*, son la más elocuente prueba de que no son incompatibles el valor y el sentimiento.

*Poder.*—Con la condición de que hagáis tan bonitos comentarios como los que escribisteis sobre El Genio, leeremos hoy estos versos que se titulan *Poder*:

## PODER.

(A las Profesoras Mexicanas).

Creso, que viendo sus monedas de oro,  
Ser más feliz entre los hombres sueña,  
Halla ante Ciro, inútil el tesoro  
Que el sabio griego con razón desdenea.

Y si el poder de la riqueza es nada  
Ante el poder de la conquista hundida,  
Es el poder de Ciro, el de la espada  
Una cabeza en sangre sumergida.

La gran Cleopatra poderosa y bella,  
Fundada en la pompa mundanal su gloria,  
Y deja sólo en vergonzosa huella  
Recuerdos humillantes á la historia.

Invade Atila de la Europa el suelo,  
Y asola ó hiere su exterminada planta,  
Y al envolverle de la muerte el velo,  
Deja el recuerdo del poder que espanta.

Carlos el Grande, pensador profundo,  
Cubre la Escuela con su egregia sombra,  
Y en su rápido paso por el mundo,  
Deja el recuerdo del poder que asombra.

Dando á Colón su poderosa ayuda  
La augusta reina que en el bien se inspira  
Y contra el moro su Nación escuda,  
Deja el recuerdo del poder que admira.

.....

Allá en el tiempo en que la ruda lucha  
Es el único escudo del derecho,  
En que sumida en horizonte estrecho  
Gemir opresa á la mujer se escucha.

Cuando es la augusta libertad un mito  
Y el amor fraternal una mentira,  
Y es toda noble abnegación delito,  
Y el delito más ruín, el que se admira.

Cuando es la tierra campo de matanza  
Del que espantada se ausentó la idea,

Y se eclipsó la luz de la esperanza  
De la discordia al fulgurar la tea;  
Aparece un humilde Nazareno  
Que del Divino Salvador en nombre,  
Enseña á los humanos, que es ser bueno,  
Amar á Dios, amándolo en el hombre.

Es su palabra que en el pecho suena,  
Música dulce que conmueve el alma,  
Y que los corazones encadena  
Vertiendo en ellos bienhechora calma.

Sencillo, dulce y á la par severo  
Es el lenguaje que Jesús emplea,  
Y va regando por el mundo entero  
De caridad la sacrosanta idea.

Es tan sólo de amor toda su ciencia,  
Amor la sola religión que enseña,  
Y es humilde y grandiosa su existencia,  
Sólo de amor inolvidable enseña.

No le circunda el brillo de la gloria,  
Ni el brillo del poder ó la riqueza:  
Una cruz y un calvario son la historia  
Con que deja marcada su grandeza.

Y pasan veinte siglos, y en el mundo  
Grabada queda la inmortal historia,  
Y miles de hombres, con amor profundo  
Se arrodillan de Cristo ante la gloria.

Y sintiendo el cansancio doloroso  
De este largo viacrucis de la vida,  
El hombre vuelve hacia Jesús piadoso  
El alma de cansancio adolorida;

Y aquella herida en el costado abierta,  
Y aquella sangre que en la cruz se orea,

Hacen al alma entumecida, muerta,  
Que conmovida se levante y crea.

¡Oh, religión de amor, yo te bendigo!  
¡Bendita el alma do el amor se encierra!  
¡Quien religión de amor lleva consigo,  
Lleva el poder más grande de la tierra!

En toda acción que por lo grande admira  
En el campo del arte ó de la ciencia,  
Hay siempre una alma que el amor inspira  
Y que ofrece en sus aras la existencia.

¡Cuánto noble inmortal, Savonarola,  
Quetzalcoll y Las Casas hemos visto,  
Que por el bien y la verdad se inmola,  
Haciéndose inmortal cual Jesucristo!

Allí do ignota y misteriosa huella  
Encanto, aromas y fulgor derrama,  
Hay siempre una alma generosa y bella  
Que aroma y brilla, porque siente y ama.

En doncella gentil y soñadora  
Nace el amor para la patria amada,  
Y luce pura, luminosa aurora  
Para la Francia, por Albión hollada.

Los Washington é Hidalgo que se elevan  
Cual gigantes figuras de la Historia,  
Aman su patria, y con amor la llevan  
A la cumbre más alta de la gloria.

La maestra mexicana que comprende  
El poder del amor, en cada niño,  
Con entusiasmo y con fervor enciende  
El fuego sacrosanto del cariño.

El amor á sus padres adorados,  
El amor á la patria y á la ciencia,

En la ciencia de amar y ser amados  
Dar la dicha y hallarla en la existencia,

Tal es la ciencia que con celo amante,  
En el sensible corazón del niño,  
La maestra mexicana da constante  
Con su ejemplo constante de cariño.

¡Oh religión de amor, yo te bendigo!  
¡Bendita el alma do el amor se encierra,  
Quien religión de amor lleva consigo  
Lleva el amor más grande de la tierra. . . . . !